

Rojas Sánchez, Pablo. *Márgenes del ultraísmo*. Universidad de Jaén, 2025, 396 pp.

ANA DAVIS GONZÁLEZ

*Universidad de Sevilla*

adavis@us.es

ORCID: 0000-0002-9638-3987

ACERCARNOS A UN MOVIMIENTO CULTURAL desde sus bordes suele ser una tarea ardua porque el margen es aquello que complejiza la delimitación de todo fenómeno de esta índole. Las corrientes literarias a menudo se nos presentan como constelaciones: a primera vista, dan la impresión de tener una forma clara y homogénea, pero una observación más profunda puede hacer tambalear dicha perfilación inicial. De ahí la necesidad de revisar continuamente el sistema literario, como se ha propuesto Pablo Rojas, al tratar temas del ultraísmo no desde su «cogollo», sino sondeando sus «posiciones periféricas» [2025: 6].

El orden de *Márgenes del ultraísmo* está lúcidamente pensado, pues se inicia con el origen del término y finaliza con una revisión de sus antologías, y su recepción inmediata y diferida. En el primer capítulo, al indagar en ese «proceso de germinación» lingüístico [2025: 15], Rojas se pregunta por una cuestión peliaguda: ¿cuándo nace el Ultra? ¿cuando se lo bautiza por primera vez? Tal sería la respuesta más acertada pero el autor aclara que, aunque en 1917 Guillermo de Torre emplee el término por primera vez, en sus textos aún no se hallan huellas de un lenguaje novedoso, sino un estilo anclado en una «floritura verbal» modernista [2025: 36]. De su análisis se desprende que 1918 constituye un umbral en la escritura de Torre, al entrar en contacto con las innovaciones europeas. Rojas profundiza en la centralidad de su figura, por ser el único que teoriza y pone en práctica la estética del ultraísmo, colabora en todas sus revistas y divulga un neologismo que inventa en 1917, pero del cual continúa escribiendo hasta 1965.

Tras ese primer capítulo, sorprende encontrar un nombre que forma parte del centro del campo literario pero se halla en la orilla de la periferia ultraica: Ramón de Valle-Inclán. Rojas hace un acertado apunte al indicar que su ambigua relación con el ultraísmo se debió a su incapacidad de militar en cualquier corporativismo. Recuerda así que toda vanguardia se legitima a sí misma desde la creación colectiva, de ahí que Valle-Inclán únicamente aprovechara de los ismos el remozamiento de la imagen, el simultaneísmo, el perspectivismo y/o la centralidad de la metáfora, pero no firma manifiestos, ni funda revistas, ni se jacta de pertenecer a ningún grupo. La conclusión de Rojas es que sí existió un influjo mutuo entre el gallego y los ultraístas, una influencia que pone al descubierto un aspecto característico del Ultra: en él se unieron figuras de una generación anterior con nombres jóvenes, en aras de superar un enemigo común, el modernismo [2025: 71]. Pero dicha unión no evitó el enfrentamiento y el autor nos recuerda el ataque de Valle-Inclán hacia el ultraísmo en *Luces de Bohemia*: «Los ultraístas son unos farsantes. El esperpento lo ha inventado Goya» [2025: 57]. El gallego arremetía así contra uno de los criterios más importantes que abanderaba cualquier ismo de vanguardia: su ansia de novedad. La atemporalidad que le confiere al ultraísmo lleva a Rojas a inferir que se trata de un menosprecio meramente estético, no político –o, por lo menos, no únicamente político, como sugería hasta ahora Manuel Aznar Soler (2010)–.

A diferencia de la centralidad de Valle-Inclán, los capítulos que siguen nos presentan cuatro figuras que poco han trascendido en las historias de la literatura en castellano: Alfredo de Villacián, Ramón Prieto y Romero, Ernesto López-Parra y el hispano-argentino Manuel Forcada Cabanellas. Los dos primeros son ejemplos de «militantes» del «huidobrismo». En este sentido, el libro de Rojas arroja nuevas luces sobre la querella Huidobro/Reverdy, al incluir algunos textos poco o nada conocidos de la historia del Ultra; por ejemplo, «La significación del ultraísmo» de Villacián (1922), una defensa acérrima del chileno. Cabe destacar esa importante documentación novedosa que nos brin-

da Rojas para revisar la historiografía desde el archivo, una fuente de información fundamental en toda investigación.

La condición errática de Villacián entre Madrid y Barcelona pone al descubierto la tensión sistémica entre ambas ciudades en relación con las innovaciones de vanguardia, pues el poeta encuentra en Barcelona un espacio más propicio para el desarrollo de su creatividad, lo cual explica también su condición de «estrella fugaz en el firmamento literario español» [Rojas, 2025: 97] y/o de estrella errante en el ultraísmo. Paralelo es el caso de Prieto y Romero, a quien Rojas perfila como un Saulo del huidobrismo, por su proselitismo, militancia y fidelidad ortodoxa [2025: 117]. Creacionista de primera hora, informa a Huidobro que ha cultivado versos que se acercan a su poética; pero, como Villacián, desconfía de la capital española como espacio propicio para la germinación de novedades y confiesa que prefiere no publicar en Madrid. Las figuras de estos dos escritores llevan a Rojas a sugerir la necesidad de perfilar, dentro del ultraísmo, a los más cercanos al creacionismo, con el fin de continuar afinando la historiografía del Ultra [2025: 124].

A diferencia de Villacián y Prieto y Romero, López-Parra fue un excomulgado del ultraísmo pero no por su relación con Huidobro sino, al contrario, por mantener cierto coqueteo con el modernismo. Tal marginación resulta irónica para Rojas porque el modernismo se colaba de vez en cuando en la escritura de todos, incluido Torre [2025: 162-163]. Este apunte del autor es fundamental para no olvidar que muchos de los grandes vanguardistas se iniciaron en el mundo de las letras mediante la lectura y cultivo de poemas modernistas o de corte posrubendariano, como el propio Huidobro. Más periférica, si cabe, es la figura de Forcada Cabanellas, a quien podemos considerar en simetría con su compatriota Borges: ambos compartieron el espacio sevillano como lugar de encuentro con el ultraísmo. La diferencia, sin embargo, es obvia por su disímil trascendencia posterior; no obstante, el olvido de Forcada Cabanellas no fue únicamente como creador sino también como crítico, pues la bibliografía sobre ultraísmo desconoce o suele

omitir su libro *De la vida literaria* que, en el temprano año de 1941, se adelanta a revisiones posteriores acerca del Ultra [2025: 180]. Rojas nos subraya así una importante recepción del movimiento durante la década de los cuarenta, obra relegada de muchos estudios académicos.

Aunque *Márgenes del ultraísmo* no esté dividido en secciones, podemos afirmar que, tras la revisión de figuras individuales, el libro cambia de enfoque al centrarse en cuestiones más teóricas del Ultra. Así, el capítulo 7 vuelve sobre su hipotético carácter apolítico, calificativo que Rojas no desmiente pero sí matiza: por un lado, señalando que, en su tiempo, muchos de sus miembros fueron acusados de simpatizar con el comunismo; por el otro, porque la Gran Guerra tuvo, sin duda, «un efecto catalizador de energías» en todo ismo europeo, y ello no escapó al grupo ultraico. Si bien el autor aclara que las menciones a la URSS no implican necesariamente un compromiso político (porque en ocasiones resultan elementos decorativos), no desmerece su retórica revolucionaria que llega incluso a influir en personalidades fundamentales como Buñuel [2025: 218].

Además del aspecto político, Rojas retoma una discusión, difícil de delimitar, en relación con la caracterización estética de la escritura ultraísta, ya que a menudo se confunde o yuxtapone con el creacionismo, y se contagia de elementos cubistas y/o futuristas. De ahí que el capítulo 8 se centre concretamente en el influjo del dadaísmo, cuyas «propuestas disolutivas salpicaron» muchos textos [2025: 6]. Lo interesante del capítulo es que reconstruye ese juego de espejos entre el dadaísmo y el ultraísmo, analizando cómo el segundo era contemplado por el primero desde Francia, la mayoría de las veces con actitud peyorativa [2025: 236].

Los últimos tres capítulos mantienen un eje de implicación en torno al mundo revisteril y las antologías. La centralidad de las revistas es ineludible debido a que fue el medio de divulgación preponderante del ultraísmo. En este sentido, ha sido un acierto colocar *Horizonte* en el borde cronológico del movimiento, pues se funda en 1922 y constituyó un gozne hacia el 27. Novedosa es la relectura del autor al asimilar este proyecto de Pedro Garfias con la labor antológica de Gerardo Die-

go diez años después, en su apertura a grandes maestros como Juan Ramón Jiménez o en su borramiento de muchos nombres del Ultra.

Resulta irónico que, frente a ese «proyecto horizontal», los intentos de Torre por fundar una revista con el título *Vertical* no llegaron nunca a puerto. De ello se ocupa el siguiente capítulo, con la personificación oximorónica de su título «Las bocinas mudas del ultraísmo». «Bocinas» fue la metáfora empleada por Torre para aludir a las revistas y son estos proyectos hemerográficos fallidos que Rojas sintetiza aquí porque, aunque no llegaron a ponerse en marcha, sí proyectan unas voluntades colectivas y una atmósfera cultural de época, fundamentales para la historiografía. En paralelo a otras maniobras fallidas de Torre, su *Vertical* pasó de ser una idea de revista, a un intento de tertulia, para devenir un manifiesto. También el creacionismo, cuenta Rojas, tuvo sus intentos de revistas para alejarse de la órbita del Ultra. Con respecto a este tema, el autor concede una importancia capital a las condiciones materiales que permiten la creación, difusión, patrocinio, financiación y/o tiradas de las revistas. El sustento económico es un factor muy determinante y, en ocasiones, la crítica no lo tiene en cuenta, lo omite o lo da por sentado. Y es dicho factor el que condicionó que esos proyectos quedaran en potencia, como bien analiza Rojas.

El último capítulo lleva a cabo una revisión diacrónica de las antologías vinculadas al Ultra a partir de la primera selección aparecida en *Cervantes* (junio, 1919) hasta la bibliografía de principios de siglo XXI. Se trata de un análisis metacrítico sobre las exclusiones/selecciones, concibiendo la antología en un sentido amplio, esto es, no siempre editada en forma de libro, sino, en ocasiones, integrada en revistas o en obras bibliográficas. Rojas cierra el capítulo abriendo nuevos cauces para futuras investigaciones, al insistir en la necesidad de revisar con mayor profundidad dicha bibliografía; pero es en sus *Márgenes* donde hallamos nuevos conocimientos sobre las orillas del Ultra, una aportación fundamental para la crítica sobre vanguardia hispánica y para la historiografía literaria española.